

Últimas noticias

Aires

El maestro confundía los nombres y no era exacto con los títulos. Decía, por ejemplo, que el autor de *Cien años de soledad* era Carlos Fuentes y que Octavio Paz había escrito un poema que comienza con estas palabras: “México, creo en ti, como en el vértice de un juramento...” Guadalupe, en cambio, sabía que no, que Gabriel García Márquez nació en Colombia, que fue Premio Nobel de Literatura y que no sólo había escrito esa novela, a la que no le entendía, la verdad, pero que su tía Amaranta lee y lee todas las tardes. Además, Lupita declamó, en sexto de primaria, ese texto larguísimo, titulado “Credo”, de Ricardo López Méndez, donde el poeta asegura que cree en nuestro país por muchas otras razones que por poco y ella no se aprende de memoria.

Las clases de Literatura son tristes y aburridas para Guadalupe porque ya no puede decir nada, mucho menos corregir al profesor. La última vez que levantó la mano para preguntar si era cierto que Sor Juan Inés de la Cruz hacía rompopo, pasteles de chocolate y flanes cuyo huevo cuajaba diferente al huevo que se fríe, lo que la hacía pensar en la Física y la Química mejor que Aristóteles, el maestro, con acendrado aliento alcohólico, le contestó con otra pregunta:

–¿Estás loca, Guadalupe?, ¿qué no sabes que las monjas no pensaban en eso, que se las pasaban rezando y rezando sin parar? Ni que Sor Juana estuviera mal de la cabeza para perder el tiempo con los huevos cuando escribía, ¿de dónde sacas eso?

El grupo se rio mirándola de soslayo o directamente, según estuvieran acomodadas las bancas en el Primero “A” de la Escuela Secundaria Benito Juárez. Guadalupe, como es natural, guardaba silencio, haciendo corajes mayúsculos, porque en la biblioteca del plantel había encontrado un librito de Sor Juana respondiéndole a una tal Sor Filotea de la Cruz, donde la Décima Musa explicaba que Aristóteles, en efecto, habría escrito mejor, habría descubierto más cosas que clasificar en el mundo, si hubiera entrado a la cocina. Pero no, el maestro Maximino, que según estudió Letras Hispánicas, no lo sabe o no lo recuerda. Será por eso que en los exámenes semestrales, sienta a Lupita en la primera fila, “para que no copies”, dice; y le pone puros ochos o sietes en sus tareas porque, “tienes la letra horrible, no entiendo nada”.

Ya casi había terminado el año escolar, ya había pasado el Día de la Madre, el Día del Maestro, fecha en la que Maximino recibió tres juegos de escritorio, varias plumas finas, paquetes de bombones y manzanas acarameladas. Incluso el Día del Estudiante se había ido sin más que la visita a un balneario sucio donde Guadalupe no podía leer porque de las bocinas del lugar escapaba un estrambótico, “como la flor, con tanto amor, que me diste tú...” Fue entonces que se le ocurrió la idea, que cerró los ojos abrazando *Corazón diario de un niño*, y sonrió. Sí, tomaría una de las grabadoras de su padre, un reportero de *Ecos de la Urbe*, y se armaría de valor para hacerle cualquier pregunta a Maximino, la cual iba a responder con los mismos errores de siempre, mientras el diminuto casete grababa la barbaridad que el profesor diría ante cincuenta estudiantes. Luego pediría hablar con la directora, claro, con un libro en la mano que confirmara la incapacidad del educador. Con eso bastaría.

Estaba nerviosa. Maximino llegó tarde, para variar, con el cabello húmedo y los ojos rojos por la resaca, pasó lista. Pidió a los estudiantes que abrieran su libro de *Español Activo* en un poema de Gabriela Mistral. “Lee tú”, ordenó a Matías, el único alumno que tartamudeaba, el más tímido del salón. Casi todo el grupo comenzó a reír. “¡Silencio!”, insistió el profesor. Matías se esforzaba, pero los nervios operaban en contra. Guadalupe arrancó su plan accionando la grabadora con discreción debajo su suéter verde pino. Sin que se lo pidieran, para ayudar a Matías, leyó en voz alta el verso que él ya no logró terminar. “Dije Matías, no Guadalupe, no seas metiche”, la reprendió Maximino.

Cuando el tartamudo acabó la lectura, la joven preguntó qué significaba la palabra “dulcedumbre” que aparecía en la primera parte del poema. El profesor levantó los ojos y respondió:

–¿Ya ven?, esto es lo que pasa cuando interrumpes, cuando te metes en lo que no te importa, caes mal, nadie te quiere. Ya lo decía la misma autora que estamos estudiando: “Mujer que sabe latín, ni se casa ni tiene buen fin”...

–¿Pero eso no es de Rosario de Castellanos? –interrumpió de nuevo Lupita.

–¡Ya no sé qué hacer contigo, Guadalupe!, salte de clase y no me respondas, que te reporto, ¡vaya que tienes serios problemas de autoridad!”

La joven se levantó y cruzó los brazos para que no notaran la grabadorcita que llevaba en la bolsa derecha del uniforme, ahí donde se bordan las letras de las iniciales de la secundaria, y salió del aula bajando los ojos. Entró en los

sanitarios. Cerró la última puerta del excusado, el lugar con polvos pica-pica para las presumidas del “B”, y escuchó la grabación. Todo se oía con claridad. Acto seguido, se acomodó de nuevo la grabadora y salió con rumbo a la biblioteca. La encargada, Purificación González, con lentes empañados, apenas si se inmutó al verla llegar. “Sí lo tienen, qué bueno”, pensó Guadalupe al encontrar, como un tesoro, el libro de Rosario Castellanos que sacó sin problemas y con el sempiterno desdén de Purita.

La directora, Maribel Farfán, vivía a dieta y no usaba nunca la computadora por temor a que el diseño de sus uñas, perfectamente laqueadas y con piedritas de colores chillantes, se fuera a estropear. Mirándose las manos recibió a Guadalupe. “¿Qué quieres?”, le preguntó cortante. Sin decir nada, la joven de trece años colocó la grabadora sobre el escritorio y las palabras aguardentosas de Maximino sonaron sin sorprender a Farfán cuya opinión fue la siguiente, aun cuando Lupita le mostró el libro, *Mujer que sabe latín*, de Rosario Castellanos:

–El maestro tiene razón. Tú estás equivocada. A los profesores no se les hace quedar mal. Ya me habían dicho que eres muy problemática. Lo malo es que tu papá es periodista y por eso te tenemos que aguantar. A ver si no tienes otra grabadora, pero ahí –señala la entrepierna de Guadalupe–. Voy a pedirle a una prefecta que vaya contigo al baño y revise debajo de tu falda.

–Eso es ir en contra de mi dignidad. Yo sé que tengo derechos –dijo Guadalupe con un nudo en la garganta.

–¡Me vale! ¡A ti te revisan! Ya sé de lo que eres capaz.

–¿Qué pasa si no me dejo? –preguntó la joven.

–Pues te expulso ahora mismo, ¿entiendes?

Sin dar tiempo a que la directora reaccionara, Lupita tomó la grabadora y salió corriendo. Los tacones de Maribel, la sorpresa de las secretarias y la lejanía de los prefectos que estaban comprando tortas en la cooperativa porque ya era hora del almuerzo, le permitieron huir saltando la reja que separaba a la escuela de la avenida principal. Guadalupe lloraba, pero a causa de un sentimiento cuya marca sería permanente. Sentía el aire y sus lágrimas como un bautizo, como rito de paso, porque sabía que llevaba con ella un “notición”, una exclusiva que nadie habría podido obtener. No le importaban las consecuencias, que la cambiaran de secundaria, que la castigaran, que el escándalo diera para muy poco, que a

la directora y al profesor, muy bien defendidos por el Sindicato, no los despidieran.

Quince años más tarde, cansada de peregrinar por los diarios supuestamente más críticos de México, Guadalupe Torres busca beca para estudiar una Maestría en Comunicación en Canadá. Ha visitado ya las oficinas del Conacyt, pero se privilegian los apoyos para las ciencias duras, así que es el turno de la SRE. La señorita que la recibe le explica el proceso de solicitud, la ruta en la página web de la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Hay una oficina con una amplia ventana de cristal al fondo. Antes de irse, con un volante en la mano, Lupe descubre que la Coordinadora del Área de Becas es Maribel Farfán, quien sale de ese cubículo y saluda.

–Qué sorpresa encontrarla por acá, pensé que seguiría en la SEP. Cómo olvidarla dirigiendo la escuela a la que fui –dice la periodista.

–Ya ves, la vida da muchas vueltas. Yo también te recuerdo. No has cambiado nada.

–Cómo no, si han pasado muchos años. Usted sí que está igualita. Bueno, gusto en verla. Me tengo que ir.

–Te acompaño con mucho gusto a –añade la funcionaria mientras camina hasta la entrada del edificio en avenida Juárez.

–Hasta pronto, le agradezco que se haya tomado la molestia de acompañarme –se despide Guadalupe.

–Mira, sólo quería decirte que de mi cuenta corre que nunca salgas de este país, que no te den la beca, ni lo intentes. Ahora sí no te me escapas –advierte Farfán señalando a la joven con sus carísimas uñas de acrílico.

